

ZINGONIA ZINGONE, *Los naufragios del desierto*, Madrid, Vaso Roto, 2013, 76 págs.

Si tuviera que definir *Los naufragios del desierto* en una sola palabra, esta sería paradójica. Me explico. Este poemario es soledad, en soledad, de soledad...

De día pierde su corona,
regresa a la soledad,
coquetea con el recuerdo.
Se vanagloria de los pétalos de su nostalgia (p. 16).

Incluso dolor, por momentos...

Entrañas que engendraron mi pequeño llanto,
hoy son
río irredento del deseo.
Las olas del vacío se tragan
las huellas de su llanto (p. 67).

Y angustia. “Cerca se escucha / el aterrador silencio de la complicidad” (*Los naufragios...*, p. 41).

Y estos poemas que rezuman soledad –“libro de poemas apuntalado en la maravilla insondable de la soledad”, escribe Ramírez en su prólogo–, son tremendamente sensuales... Soledad, sensualidad, un hermoso camino para mostrar un desgarramiento lleno de esperanza, un canto al amor y a la creación –vital, poética– que nos dice que todo debe romperse para renacer, que el arte se reescribe y reinventa. Un viaje que pasa por Cortázar, Cavafis. Y tantos otros. Recuerdo un poema de un gran amigo, Julio Vélez, que también dialoga con estos conceptos, por qué no, con Zingonia:

Los mundos me escribieron un libro
con el que siempre he intentado conversar a solas.
(...)
Los libros me hicieron un mundo
al que he intentado que éste se pareciera
(Vélez, Julio. *Escrito en la estela de El último ángel caído*; p. 22).

Y siguiendo este paseo... *Rayuela*... Está en *Los naufragios...*, citada (p. 61), aunque pudiera ser también una clave: si el juego de la

rayuela es una búsqueda, una “subida al cielo”, los tres libros, cantos, capítulos o como queramos decirles –“El oráculo de la rosa”, “Las campanas de la memoria” y “Río escondido”– son también una búsqueda, una ascensión hacia nuestras profundidades, por seguir jugando con la paradoja. El príncipe Khalil, Soraya y Bâsim son tres personajes que, en tanto que libro, se vuelven uno, considero que, en muchos sentidos, trasuntos de la autora; pero no solo, esos personajes con mucho de narrativos –hay un desarrollo de diversas historias en el poemario– se transforman, en tanto que voz poética, no solo en la autora o su voz, sino en espejos de nosotros mismos. Entonces, *Los naufragios...* está lleno de soledad, sensualidad, desgarramiento y esperanza; todo debe romperse para renacer, el arte se reescribe y reinventa. Les decía, como nosotros mismos. Las historias que nos hablan para contarnos nuestra propia historia.

Y para ello, Zingonia nos regala ecos de poesía antigua, atemporal, con referencias modernas y momentos que evocan tiempos y espacios; la brutal trascendencia de lo sencillo, que podríamos cristalizar en el “Rose is a rose is a rose is a rose” de Gertrude Stein.

Los naufragios del desierto es un libro de libros, es poesía de poemas, que a su vez son relatos... Es sensación de historias... Porque Zingonia nos cuenta una historia, o varias, pero usando las herramientas de la poesía, haciéndonos sentir, vibrar.

Como nos señala –y recomienda– Joaquín Badajoz en un hermoso texto sobre *Los naufragios del desierto*:

Estos son por tanto tres relatos, o uno, que pueden haber sucedido en cualquier parte, o estar sucediendo ahora, o sucederán mañana. Pueden leerse literalmente, disfrutando su historia, o establecer caprichosas hermenéuticas. Hay estrellas polares, guías de navegación, pero la cúpula celeste rota inquieta (Badajoz, Joaquín. “Tres tormentas de arena en el desierto”, en *Ómnibus*, 44).

Estoy de acuerdo con él. Y es que la Zingone es muchas zingonias. Varias al menos... Su obra tiene una voz única, pero no es una sola voz. *Los naufragios...* se hacen eco de otros poemas, si leen o releen a Zingonia, recordarán la realidad y descubrirán el sueño, al mismo tiempo, si me permiten la especie de paráfrasis de su poema “Un registro limpio” (*Tana katana*, p. 49).

Y, sin embargo, *Los naufragios del desierto* es un libro que cierra algo, una conclusión, un punto y seguido.

Uno termina de leerlo y siente desazón, con esperanza, sí, pero desazón, es un poemario que golpea, que no deja indiferente. Como ella, pido un poco de clemencia:

No soporto ya el peso de esta libertad;
pido tregua.
¡Que los fantasmas del pasado
se hagan uno y me fustiguen!
Un látigo de espinas de rosa.
Clavado en la cama del río,
esperaré el sosiego.
Ven hacia mí entera, luna (p. 23).

Volviendo a una de mis ideas iniciales, les decía que este libro de soledad está lleno de sensualidad, incluso explícita. O me pilló leyéndolo en horas de oficina y ya quería irme o ustedes dirán:

Transita con minucia su sinuoso contorno.
Juega con la corola, surca el monte,
muerde el fruto, higo de corales carmesí.
Baña el rostro en las olas, hunde
su carne en la carne, ¡demonio!,
con la urgencia de un mendigo (p. 16).

Si este fragmento nos regala una sensualidad gozosa, en *Los naufragios...* también encontramos sensualidad violenta, dolorosa:

Monstruos afloran
con rostro de hombre,
roban el grito de un horror,
tapan su boquita
de clavel prendido y gozan
del mismo gozo maldito
que ilumina el rostro de Shaytan.
Cierra los ojos, se ampara
en la oscuridad del dolor,
rasguña sus muslos como gato engañado,
hunde su rostro en los abismos (p. 38).

A este respecto, me atrevo a insistir en que los personajes que recorren los desiertos de este libro que hoy nos reúne son trasuntos de la propia Zingonia; quiero decir que la autora nos está describiendo –y

regalando— la sensualidad que emana del propio acto de crear; no sé qué piense la autora al respecto; por mi parte, me apoyo en sus versos para “defender” mi idea:

Más allá de la musa está la luz, en la musa misma
hay luz. Tanta blancura aturde.
Cada día regresa al secreto
encuentro con el destino (p. 27).

“Tanta blancura aturde”, hermosa imagen, brillante sinestesia que, sigo pensando, evoca el acto de crear. Al menos, a mí me lo evoca, y el libro, mientras lo leo, es mío; lo siento, amiga.

La sensualidad de la creación, uno de los grandes placeres solitarios, envuelta en un tiempo cíclico, un poema de poemas que vuelven sobre sí mismos, que se escribe y se reescribe cada vez que volvemos al texto.

En una de las lecturas preparando este texto, se me ocurrió leer, seguidos, los poemas aforísticos, los poemas más breves que salpican los tres libros-cantos de *Los naufragios del desierto*; vean, bueno, más bien escuchen:

Sigue el silencio.
Cada día regresa al secreto
encuentro con el destino.
La memoria enjaula el tiempo.
El silencio acompaña el ascenso.
En una iglesia de oriente
las campanas golpean el vientre del cielo.
El desierto entorpece el camino
y la transparencia (pp. 28, 31, 40, 48, 52 y 60).

Además de hermosos, resulta que nos van dando algunas de las claves, no sé si del poemario o de la propia poesía. Y leídos así, se vuelven un poema, otro. Quién sabe, a lo mejor ahora nos explica la autora... O me deja de hablar por andar manoseando sus versos.

Perdón, amiga.

O sea, que *Los naufragios...*, para mí, es un viaje de viajes, un viaje hacia uno mismo —¿qué otra cosa es el acto de crear?— que, por ejemplo, me llevó a *Seda*, de Alessandro Baricco, paisano de Zingonia —en la literatura, la gran literatura, aunque sí, è *anche italiano*—; porque la literatura es una madre patria sin fronteras ni pasaporte.

Nuestra madre patria, amiga, la Mater Poesía que une la Mater España que versionó Sabina de l'Italia a la que canta Francesco de Gregori. La poesía como búsqueda, el arte como punto de encuentro.

Concluyo, entonces, diciéndoles que Zingonia Zingone, en *Los naufragios del desierto*, hace buena una frase de Baricco en *Seda*: “Cuando salgáis de aquí, tendréis lo que deseáis”. Así será, si se sumergen en este hermoso poemario.

IGNACIO JAVIER MARTÍN SÁNCHEZ
Escritor y editor